

LIBROS

John Barth, o el placer de narrar

John Barth es uno de los novelistas más interesantes de la narrativa norteamericana contemporánea. Su estética arranca de una evidencia empírica. La novela como género literario que sustituye a la epopeya en el seno de las sociedades burguesas, y que tan bien respondía al espíritu analítico de la burguesía, ha entrado en franca decadencia tras el realismo totalizador de Joyce. Lo único que puede hacer el novelista en estas circunstancias es, o acogerse al nuevo género literario que está surgiendo de los despojos de la novela como es el nuevo periodismo (caso de Norman Mailer o Tom Wolfe), o asumir conscientemente la muerte de la novela y levantar a partir de aquí una metanovela que responda a los cambios cualitativos que se han producido en la ciencia y la sociedad, tarea que se propone llevar a cabo John Barth. Sus novelas son, en este sentido, ejercicios críticos sobre su misma "escritura", meditaciones lúdicas sobre lenguajes y convenciones del pasado, acotaciones a obras reales o imaginarias, ensayos, experimentos estructurales, manipulación de artificios formales. John Barth, según sus propias palabras, escribe "novelas que imitan la forma de la novela, escritas por un autor que imita el papel del Autor". El resultado de esta preocupación obsesiva y retórica por el lenguaje son una serie de obras de una artificialidad y barroquismo espectaculares, brillantemente ejecutadas, textos privilegiados en las Universidades americanas, todavía aferradas a métodos inspirados en el "new criticism".

Fundamentos, en su colección Espiral, acaba de publicar *Quimera*, la novela que le valió el National Book Award en 1973, y anuncia en la solapa del libro la preparación de la obra más ambiciosa del autor, *The Sot-Weed Factor*.

Tanto *Quimera* como *The Sot-Weed Factor* son novelas sobre novelas, parodias de textos literarios de épocas pretéritas y reflexión irónica sobre la concep-



John Barth.

ción del mundo que esos textos venían a representar. En *Quimera*, Barth se convierte en el Scheherezade y el Homero contemporáneos, volviéndonos a narrar los mitos griegos y arábigos. Pero la novela es también una investigación sobre el oficio de narrar, sobre la magia de la palabra escrita. "La magia reside en las palabras —abracadabra, sésamo ábrete y demás—, pero las palabras mágicas en una historia dejan de serlo en la siguiente. La verdadera magia está en comprender cuáles son las palabras que logran su cometido y cuándo y por qué; el truco está en aprender el truco" (página 11).

Barth está en realidad celebrando en esta novela el misterio de la creación literaria, la posibilidad de redimir la fugacidad del lenguaje para apresararlo y convertirlo en obra de arte inmortal e imperecedera.

El autor lleva a cabo también en la novela una divertida sátira sobre las distintas metodologías de crítica literaria que intentan "explicar" con fórmulas estáticas la singularidad de la obra de arte. Northrop Frye, por ejemplo, el máximo representante en la crítica anglosajona del método arquetípico, creador de una serie de categorías formales con las que pretende encasillar todos los temas y géneros literarios, es objeto de la sátira implacable de John Barth. ■ LEOPOLDO MATEO.

Edouard Bailby, cronista del franquismo

Edouard Bailby, que se ocupa de nosotros en el semanario "L'Express", viaja asiduamente a España enviado por su revista. Por eso presencié muchos de los hechos ocurridos en nuestro país desde hace más de doce años: en 1968 fue, con García Trevijano, uno de los organizadores de la memorable presentación de J.-J. S.-S. en Madrid; en 1969, López Rodó le enseñó la lista de ministros tecnócratas que iba a nombrar horas después Carrero Blanco; estuvo en el entierro de éste ("a mi lado —escribe—, un grupo de franceses de Orden Nuevo, con el brazo en alto, grita: ¡Viva Franco!") y en el proceso 1.001. Asistió al Congreso de Suresnes en 1974, que confirmó el regreso de la dirección del PSOE al interior; allí se entrevistó con "el camarada Isidoro", antes de convertirse en Felipe González. Con García Trevijano discutí después sobre los puntos de la Junta Democrática, que más tarde serían anunciados oficialmente en París. Como se ve, Bailby está bien informado y cuenta todo con soltura, mezclando anécdotas, entrevistas (como la de Fernández Sordo, a quien había ido a ver por el caso del diario "Madrid", y soporta una sorprendente explicación del mecanismo de la censura... en el extranjero), pinceladas de humor y ternura (el relato de la "homba perdida" en Palomares, por ejemplo), u observaciones premonitorias: "En su despacho, Fraga vociferaba contra los 'revolucionarios de sotana'. No era ninguna figura retórica. Fascista por formación, pero lo bastante inteligente para ser pragmático, sabía que si a los comunistas les dejaban mojar la hoz y el martillo en el agua bendita, el clero español iniciaría un nuevo capítulo de la Historia contemporánea".

En "España hacia la democracia" se advierte una gran fascinación por España y una respetuosa paciencia para comprender nuestra tan poco cartesiana política. Tal vez con un interrogante, el título del libro hubiese correspondido mejor con el contenido. Porque en el fondo Bailby, que tiene los ojos muy abiertos, no ve la cosa tan clara. ■ RAMON CHAO.

Un grupo clave de poetas

Por definición, toda antología supone una elección. Lo cual quiere decir que es el gusto personal, en última instancia, quien decide quién va a estar y quién no va a estar en ella. Por ello, cuando el antólogo es un poeta, y un poeta importante, que ya no necesita hacerse un hueco en la historia literaria, y por lo tanto calmar a unos, halagar a otros y templar gaitas a diestro y siniestro para que no se le discuta demasiado, es algo muy de agradecer. Este es el caso de la antología "El grupo poético de 1927" (Taurus Ediciones, Madrid, 1976), cuyo editor es Angel González. Angel González es un poeta, y un poeta excepcional, condición que suele ser garantía de solidez de criterio y, en general, de independencia de juicio. No olvidemos que la mejor —con mucho— de todas las antologías de la poesía en lengua castellana realizadas en este siglo fue obra de un poeta de reconocida importancia.

Lo primero que llama la atención en la antología de Angel González es la amplitud de su criterio selectivo. Nada menos que trece poetas forman la selección: Alberti, Alexandre, Alonso, Altolaguirre, Cernuda, Diego, Lorca, Guillén, Hinojosa, Larrea, Prados, Salinas y Villalón. A muchos lectores, sin duda, les chocará la inclusión en el libro de un poeta como Larrea,



Angel González.